

The background of the book cover is a dark, atmospheric painting. It depicts a man in the upper left, wearing a dark tunic with a prominent metal pauldron on his right shoulder. He has a thick, dark beard and is looking towards the right. In the lower right, a woman is shown in profile, wearing a dark hooded garment. Her eyes are closed, and she has a somber expression. The lighting is dramatic, highlighting the textures of the armor and the contours of the faces against a dark, shadowy background.

JUAN ANTONIO
CEBRIÁN

EL MARISCAL

DE LAS

TINIEBLAS

*La verdadera historia
de Barba Azul*

*Su amor frustrado por Juana de Arco le convirtió
en el mejor embajador del infierno*

Aun siendo una figura importante de la corte francesa del siglo XV y poseedor de una inmensa fortuna, el mariscal de Francia fue condenado a morir en la hoguera.

Juan Antonio Cebrián aborda, con su habitual agilidad narrativa y su instinto periodístico, la historia de esta figura mítica, asesino, nigromante con desvaríos alquimistas, psicópata, necrófilo y pederasta en el que se basó Perrault para su mítico personaje de Barba Azul. Su verdadero nombre, Giles de Rais (1404-1440), recorre las páginas más estremecedoras de este libro. A raíz de la muerte de Juana de Arco, una intrigante atracción de polos opuestos nunca confesada, este bello joven que fue escolta y protector se convierte en una fiera que guarda en su castillo a los numerosos niños que secuestra, para poder así desatar su más oculta fantasía sexual.

Este libro está dedicado a la memoria de todos aquellos niños que en el mundo murieron por culpa de las aberraciones gestadas en la mente de los adultos.

Víctimas inocentes que no pudieron escapar de ogros ávidos de su inmaculada pureza.

Pequeños como Jean Jeudon, Jean Roussin, Colin Avril, Guillaume Le Barbier, Kerguen, Aisé, Edelim, Chastelier, Guillaume Delit, Fougère, Loessart, Perrot Degaye, Bouer, Olivier Darel, Jean Totulblanc, Jamet Brice, Lavary, Sorin, Jenvret, Jean Degrepie, Jean Hubert, Sergent, Jean de Lanté, Eustache Drouet, Guillaume Hamelin, Robin Pavot, Antoine, Bernard Le Camus, Durand, Jean Barnard, Fort Launey, Janet Brice... son una mínima parte de los más de doscientos que sucumbieron a manos de Gilles de Rais. Para ellos, mi emocionado recuerdo.

INTRODUCCIÓN

Me propongo contar en esta obra la fatídica historia de Gilles de Rais, un humano preternatural que en su tránsito por esta tierra logró tantas distinciones que le convirtieron en uno de los personajes más influyentes de cuantos cabalgaban en la Francia de la primera mitad del siglo xv. No obstante, sus títulos y grandeza no le impidieron cometer horribles crímenes contra la humanidad que, a la postre, aseguraron para él un lugar en el averno. Su desolada infancia, su épica guerrera como héroe de los franceses y su hundimiento moral en el final sangriento de sus días fueron el origen de multitud de leyendas y narraciones extraordinarias en torno a su sombría personalidad. Sin embargo, hubo un tiempo en el que este feroz criminal bien pudo integrarse en el ejército de almas blancas que siguió a la luminosa Juana de Arco, Doncella de Orleans y protectora de Francia, en un contexto arrasado por la interminable guerra de los Cien Años. Según dicen, Gilles pudo enamorarse profundamente de la doncella y de lo que representaba. Empero, la muerte cruenta de la joven a manos traicioneras, le desestabilizó a tal punto que acabó dominado por un odio implacable contra esa humanidad traicionera que le había arrebatado su único momento de tranquilidad en este plano terrenal. De poco sirvieron sus rangos de mariscal de Francia, barón de Laval o conde de Brienne, a la hora de cimentar sobre sí una leyenda negra que le aupó a la categoría de psicópata sin escrúpulos especializado en el

asesinato impío de niños inocentes en una orgía de sangre y maldad cuyos ecos aún resuenan en nuestros días.

Su biografía, distorsionada por el murmullo invernal de los hogares bretones, quiso que dos siglos y medio después de su muerte, fuera fuente de inspiración literaria para Charles Perrault, un notable intelectual de la corte francesa que se amparaba bajo la figura del Rey Sol, Luis XIV. Perrault, además de eficiente funcionario estatal, se entregó por completo a su verdadera vocación literaria y, al margen de ensayos, obras teatrales y poesías, supo recopilar, gracias a la ayuda de su hijo, una suerte de relatos populares que, una vez espigados y adaptados al estilo culto de la época, dieron como resultado un libro de ocho cuentos que desde entonces forman parte de la galería universal de la narrativa infantil. En el volumen escrito en 1695 y publicado en 1697 bajo el título *Historias o cuentos de tiempos pasados*, más conocido como *Cuentos de mamá oca*, Perrault adaptó ocho relatos tradicionales que las madres contaban a sus hijos en las casas más humildes de Francia desde tiempos remotos. Estas narraciones circularon asimismo en las estancias caldeadas por fogones palaciegos, las tabernas de baja estofa o las plazas públicas de pueblos y ciudades. Probablemente material despreciable para las élites exquisitas que acaparaban la atención cultural del XVII francés, no lo fue para Charles Perrault, que seleccionó cuidadosamente algunos de los mejores cuentecillos que dispersaron por el mundo las peripecias de *Cenicienta*, *Pulgarcito*, *Caperucita Roja*, *La bella durmiente del bosque*, *Riquete el del copete*, *El gato con botas*, *Hadas* y *Barba Azul*.

Este último basado, según numerosos investigadores, en la vida y crueldades de Gilles de Rais. Si bien la lectura detenida del texto original no muestra muchas similitudes con la verdadera existencia del terrible mariscal francés, sí esconde coincidencias en lo que Perrault nos quiso transmitir como moraleja concluyente de la narración. De todas formas, el lector tendrá la posibilidad de leer el cuento de

Barba Azul en el anexo I de este libro para que pueda elaborar sus propias deducciones. En cuanto a la asombrosa tradición oral francesa sobre este personaje singular, reflejaré aquí lo que bien pudo contar cualquier posadero bretón del siglo XV a los cansados viajeros que recalaban en su venta con la intención de amenizar una reconfortante cena.

La leyenda nos cuenta como Monsieur de Rais, hastiado de luchar contra los ingleses, se retiró a su castillo de Tiffauges y dedicaba todo su tiempo a las fiestas y al placer. Fue entonces cuando un caballero, el conde Odón de Tréméac, señor de Krevent y otros lugares, pasó por sus tierras, montado a caballo, en compañía de su prometida. Era ésta una bella dama llamada Blanche de l'Herminiére. Gilles de Rais los invitó a descansar en el castillo y a beber una copa de vino con especias. Los prometidos estaban deseosos de continuar el viaje, pero De Rais insistió tanto y se mostró tan amable que la noche los sorprendió en su compañía. De repente, a una señal del dueño del castillo un destacamento de soldados irrumpió en la sala de banquetes, se apoderó del conde Odón de Tréméac y lo arrojó a un profundo calabozo. De Rais suplicó a la dama que le perdonara la descortesía y lo aceptara a él en matrimonio. Blanche sollozó y se negó a recibir ayuda. De Rais no hizo caso ni de su resistencia, ni de sus lágrimas y la llevó a rstras hasta la capilla.

Miles de velas brillaban en el altar y las campanas tañeron a boda. Blanche estaba tan blanca como un lirio y un gran temblor se había apoderado de su cuerpo. El mariscal, vestido todo él de oro y con una magnífica barba roja, se puso de pie a su lado.

—¡Deprisa, capellán, casadnos! —gritó el impetuoso pretendiente.

—No quiero a mi señor por esposo —exclamó Blanche de l'Herminiére.

—¡Casadnos, casadnos!

—No lo hagáis —suplicó la joven dama, llorando desesperadamente.

—¡Obedecedme, os lo ordeno!

Y entonces, cuando Blanche intentó salir corriendo, Gilles la cogió en sus brazos.

—Os lo daré todo —declaró apasionadamente—. Os daré mis castillos, mis tierras, mis joyas, mi oro.

—¡Dejadme marchar! —gritó la joven.

—Os entregaré —insistió De Rais—, mi persona, mi cuerpo y mi alma.

Al oír esto, tuvo lugar una transformación en el rostro de la bella Blanche.

—¡Acepto! ¡Acepto! ¿Me oís bien, Gilles de Rais? Os acepto, señor de Tiffauges, y de ahora en adelante me pertenecéis.

En aquel mismo instante la hermosa Blanche se convirtió en un diablo azul, con una voz de trueno.

—Gilles de Rais —dijo el demonio con una carcajada siniestra—, Dios se ha cansado de vuestros pecados, ahora pertenecéis al infierno y desde este día en adelante llevaréis su ropaje.

Al decir estas palabras, el demonio hizo una señal y la roja barba de Gilles de Rais se puso de color azul oscuro.

—Ya no sois Gilles de Rais —dijo el demonio—. Desde ahora sois Barba Azul, el más aterrador de los hombres. Vuestro nombre será maldito de generación en generación y después de vuestra muerte vuestras cenizas serán lanzadas al viento, y vuestra alma malvada se sumirá en las profundidades del infierno.

Gilles suplicó misericordia, pero el demonio soltó una risotada que se clavó en el alma atormentada del antiguo paladín de Juana de Arco. Entonces el diablo habló de los cadáveres de las siete esposas que yacían en los sótanos del castillo y añadió:

—El conde Odón de Tréméac, con quien he venido cabalgando bajo el disfraz de Blanche de l'Herminière, se

acerca en estos momentos al castillo a la cabeza de un grupo de caballeros. Vienen para vengarse de las muertes de todos aquellos a quienes habéis asesinado.

—Entonces, ¿estoy perdido? —gritó Gilles de Rais.

—No, no todavía —contestó el demonio—, porque no ha llegado aún vuestra hora.

—¿Quién los detendrá? —preguntó Gilles de Rais.

—Yo lo haré —replicó el demonio.

—¿Por qué hacéis esto? —preguntó Gilles de Rais.

—Porque —dijo el demonio— os necesito. Me serviréis mejor vivo que muerto. Y ahora, adiós, Gilles de Rais, y no olvidéis que me pertenecéis en cuerpo y alma.

El demonio desapareció en una nube de azufre, pero desde aquel día la barba de Gilles de Rais fue de color azul. El diablo impidió al conde de Tréméac que se vengara de los muertos y el castillo de Tiffauges quedó protegido. Pero Gilles de Rais sabía que el maligno volvería un día a reclamar su alma.

Como el lector puede suponer, esta típica historia de chimenea no tiene relación con la verdadera vida del siniestro noble francés. Y, sin embargo, relatos similares circularon por Europa central durante varios siglos y han llegado hasta nuestros días provocando miedo en quienes los escuchan. Les invito, por tanto, a descubrir en esta obra la verdadera vida del legendario Barba Azul. Créanme que para mí ha supuesto un difícil ejercicio de responsabilidad debido a la increíble perversidad de este sujeto llamado a engrosar las filas de la infamia humana. A pesar de todo, creo interesante que no olvidemos cómo fueron y cómo son los diablos que moran en la Tierra porque Gilles de Rais los superó a todos con creces. Sólo me resta añadir que contaremos a lo largo de estas páginas con el propio testimonio del mariscal, que no reparó en detalles sobre su vida y sus obras en el momento de ser juzgado ante Dios y los hombres. Sus propias y más categóricas palabras nos ayudarán

a entender su compleja personalidad a lo largo de los capítulos que jalonan este libro.

Le deseo, querido amigo, un buen viaje por las páginas que se dispone a leer; le aseguro que estremecimientos no van a faltar en este difícil trasiego y, por si acaso, mantenga la luz encendida y la mejor de sus oraciones dispuesta. Ya sabe que cuando el diablo anda suelto...

Juan Antonio Cebrián
Las Rozas, septiembre de 2005

PRIMERA PARTE LA FORJA (1404-1424)

«Él me enseñó a beber, me enseñó desde muy niño a extraer placer de pequeñas crueldades. Nada más lejos de lo que otros hombres han pensado, sentido, imaginado o incluso hecho... Bajo su custodia aprendí a despegarme de los poderes terrenos y divinos, con lo que creí que era omnipotente. Me sentía como Tiberio, Calígula y Nerón en una pieza. El mundo era mío y yo había nacido para disfrutar de él».

Comentarios de Gilles de Rais recordando su infancia y juventud bajo el amparo y enseñanzas de su abuelo y tutor Jean de Craon.

LA CUNA FRANCESA

Es difícil imaginar que una tierra tan excelsa como es Francia pudiera albergar un monstruo de la singularidad ofrecida por Gilles de Rais. No obstante, este «creciente fértil» de nuestra civilización occidental fue y es tan pródigo en manifestaciones humanas de toda índole que debemos aceptar entre sus hijos la aparición casi espectral de algunos personajes siniestros, los cuales nos invitan a entender mejor el complejo entramado que se instala en la mente de determinados individuos, sea cual fuere su procedencia natal. El país galo se alza desde su atalaya predominante en la cultura y sentir de los europeos desde tiempos ancestrales. Sus leyendas caminan parejas a su historia real y en ocasiones ambos sentires se mezclaron dando rienda suelta a toda suerte de narraciones y especulaciones. Gilles de Rais, arquetipo del mal en su peor manifestación, nació en una Francia trastornada por los acontecimientos bélicos de la guerra de los Cien Años y fue caldo de cultivo, como tantos de su generación, de auténticos ríos de superstición, alianzas con el maligno y alquimia frenética, mientras se instrúa en las severas leyes impuestas por Dios y por los hombres. Con todo, aquel territorio se nos muestra bello, de orografía perfilada para inspirar las mejores epopeyas no sólo en el periodo que vivió Gilles, sino a lo largo de toda la cronología franca. El mariscal de las tinieblas deambuló la mayor parte de su vida por los terrenos pertenecientes a las antiguas Poitou, Anjou, Normandía y Bretaña. En aque-

llos lares creció, guerreó y masacró a sus víctimas, regando con la sangre de éstas la tierra que le vio nacer. Acaso su predilección se fijó con más emotividad en Bretaña, esa maravillosa región preñada de misterios, situada en el noroeste francés, y que fue el lugar donde vino al mundo Gilles de Rais. Posiblemente, su influjo y enraizamiento en los enigmas más ancestrales de la humanidad no permanecieron ajenos para el futuro mariscal de Francia. Hoy en día sus más de 27 000 kilómetros cuadrados, con casi tres millones de habitantes, mantienen vivas las inquietantes historias que se originaron durante centurias en aquel enclave, refugio de los celtas britanos, emigrantes forzosos de su isla en el siglo V d. C., cuando las invasiones bárbaras de anglos, jutos y sajones les empujaron hacia el continente en busca de libertad y mejores oportunidades. Desde tiempo inmemorial la antigua Armórica, y posterior Bretaña francesa, fue hogar para el hombre. En la prehistoria, los primeros bretones cazaban mamuts y grandes ciervos rojos en una tierra fértil que besaba las aguas atlánticas así como majestuosos ríos, como el Loira, auténtica arteria vital de una zona dividida geográficamente en tierras del mar (Armor) y tierras del bosque (Argoat), paisajes en definitiva convertidos en primeras impresiones visuales que marcaron a nuestro personaje protagonista. Es más que probable que Gilles visitara durante su infancia el majestuoso recinto megalítico de Carnac, santuario único en su género y emparentado directamente con Stonehenge, en Gran Bretaña. Carnac se nos ofrece como una muestra viva de las inquietudes místicas del hombre antiguo. El gran *menhir briséé*, con más de veinte metros de altitud, cuatro de ellos incrustados en la madre tierra, y los innumerables monolitos alineados con perfecta marcialidad durante cientos de metros dan vivo testimonio acerca de lo que aquellas gentes rudas y supersticiosas debieron de pensar sobre el origen del universo y de ellos mismos. Bretaña es, por tanto, un lugar de poder en el que confluyen fuerzas cósmicas y telúricas, motivo por

el cual fue elegido por los humanos en su lento transitar por este plano existencial. Antiguamente, la región formaba parte de Armórica (al noroeste de Francia), siendo centro de una confederación de tribus del pueblo cimbrío. Los romanos, bajo las órdenes de Julio César, invadieron la zona en el año 56 a. C., y a partir de entonces se convirtió en la provincia romana de la Galia Lugdunensis (Galia céltica), si bien la romanización nunca terminó de cuajar entre aquellas gentes aferradas a viejos ritos que conferían a los dioses de la naturaleza supremacía sobre todas las cosas. Buena prueba de ello es que la lengua bretona original pudo sobrevivir a pesar de los inconvenientes sufridos en aquellos tiempos de asimilación cultural. En los siglos V y VI d. C., tras la retirada de los romanos, muchos britanos —celtas de Britania—, al huir de su tierra natal a causa de las invasiones bárbaras, se refugiaron en la parte noroeste de Armórica. Ellos dieron a la región su nombre actual: Bretaña. Los britanos —más tarde llamados bretones— convirtieron gradualmente al cristianismo a los celtas armóricos, paganos en su mayoría. Tras la caída del Imperio Romano en Occidente y sus formas de gobierno a través de las instituciones creadas, el poder de los bárbaros germanos se extendió durante el siglo V por buena parte de los otrora territorios sometidos a la influencia romana. En el caso de las Galias, geografía perteneciente a la actual Francia, diversos pueblos, como visigodos y francos, se asentaron en aquella latitud dando origen a varios reinos, los cuales fueron a la postre la semilla fundadora del futuro Estado francés. La dinastía merovingia quedó instaurada a mediados de esa centuria con Meroveo, convertido en padre de esta saga tan peculiar como misteriosa, dado que ni siquiera los orígenes del fundador están claros, aunque sí su reinado, que parece haber tenido lugar entre los años 448 y 457-458 d. C. A él le cupo el honor de haber asistido a la trascendental derrota de Atila y los hunos, mientras que a sus sucesores hay que atribuirles otros méritos. Uno de los perso-

najes más atractivos de este periodo es sin duda Genoveva de París. Una carismática mujer que supo estar al lado de los reyes merovingios en momentos decisivos. Nacida hacia 422 d. C., en Nanterre, una pequeña aldea cercana a París, era hija de Leoncia y Severo, un matrimonio de galorromanos que reconocieron muy pronto los dones y virtudes demostrados por su pequeña descendiente. La pequeña Genoveva vivió el desmembramiento del Imperio Romano en Occidente y con tan sólo seis años se consagró a Dios por mediación de san Germano de Auxerre, quien iba de paso hacia Britania. A los quince años ofreció, en compañía de otras dos amigas, su virginidad a la causa cristiana, si bien nunca llegó a profesar su vocación en un convento, siendo una comunidad seglar la morada elegida para sus acciones caritativas. Con el tiempo sus predicaciones y famosos ayunos la encumbraron como personaje relevante de la futura Ciudad Luz y algunos reyes del incipiente linaje merovingio, como Childerico (458-481), accedieron a liberar numerosos presos gracias a las peticiones de la religiosa, quien vio su fama incrementada cuando el feroz Atila amenazaba con devastar París. Fue entonces cuando con notable enardecimiento animó a los parisinos que huían de la ciudad presos del pánico a quedarse y orar con el fin de anteponer un escudo sobrenatural frente a los invasores bárbaros. Nunca sabremos si fueron los rezos o una decisión caprichosa de Atila, pero lo cierto es que los hunos sortearon incomprensiblemente París para dirigirse a Orleans, sufriendo al poco una terrible derrota en los Campos Cataláunicos a manos de los romanos y sus aliados visigodos. Más tarde, la futura santa trabó amistad con el influyente monarca Clodoveo I (481-511), vencedor de los poderosos alemanes, una tribu que amenazaba constantemente la frontera establecida por los francos en los territorios que hoy pertenecen al país germano. Su casi milagroso éxito sobre la confederación de tribus germánicas provocó su conversión al catolicismo, motivado, en buena parte, por la acción de su mujer cristia-

na, la burgundia Clotilde, quien hizo ver a su esposo que todas las victorias sobre sus enemigos venían dadas por la acción directa del Dios único y verdadero, y por Genoveva de París, quien gracias a sus conversaciones religiosas con el merovingio consiguió inculcarle un gran amor por la causa de la Cruz. Clodoveo se bautizó con absoluta devoción en 496 recibiendo bendiciones y parabienes del sumo pontífice romano, que desde entonces recibió el apoyo incondicional de su nuevo aliado franco. Por su parte, Genoveva prosiguió con una vida de entrega a los demás, consiguiendo trigo y otros alimentos en momentos de escasez, y obrando prodigios cuando la moral ciudadana andaba escasa de ánimo espiritual. Falleció en 502 d. C., rodeada por el cariño de todos aquellos que la habían conocido. Hoy en día es la santa patrona de París y, junto con Juana de Arco, uno de los personajes más queridos por la Francia católica.

En 507 d. C., Clodoveo I, ya convertido en uno de los principales representantes de una dinastía llamada a perdurar más de tres siglos, obtuvo otra importante victoria sobre los visigodos de Tolosa, pésimamente dirigidos por Alarico II, en la batalla de Vouille, que dio al traste con las aspiraciones godas en los territorios galos, dejándoles relegados en una pequeña franja mediterránea llamada Septimania y en la península Ibérica. Los territorios anexionados por Clodoveo en esta campaña son precisamente el lugar donde se ubica el enigma creado en torno a la supuesta descendencia carnal de Jesús de Nazaret, siendo los merovingios los principales depositarios de este secreto sagrado. Sin embargo, no podemos asegurar que mantuvieran esa misión en su tiempo de poder, lo que sí barajamos son determinados datos históricos que nos ponen en la pista de unas cabezas coronadas más pendientes de la holganza vacacional que de sus compromisos a la hora de dirigir el reino o reinos asignados a ellos. La unificación territorial bajo los cetros de Clodoveo I o Dagoberto I fue un mero destello, ya que la posterior disgregación en entidades inde-